

ARTÍCULO musical

por ALEJO CARPENTIER

NOTA

Hoy insertamos un artículo sobre arte musical del escritor y musicólogo cubano, señor Alejo Carpentier, sobre la famosa ópera de Georges Enesco "Edipo Rey", la cual fué estrenada durante la permanencia de Carpentier en París en el año de 1936. Como esta obra es casi desconocida del público amante de la buena música, publicamos este artículo el cual servirá de información y podrá apreciarse, asimismo, el buen análisis que de ella hace el conocido crítico, residiendo aquí algún tiempo entre nosotros.

LA OPERA de París nos ofrece actualmente un ejemplo de vitalidad y juventud sorprendentes. El pomposo teatro de Charles Garnier, con sus oros y gualdas, sus liras y sus trompas y cornucopias, acaba de verse dotado de ascensores, teléfonos y otros elementos de confort moderno. Pero esos ascensores y teléfonos no han llegado solos al templo de la música académica. Paralelamente a su instalación, ha comenzado a soplar un viento de renovación por las tramosas y bambalinas del suntuoso coliseo de Napoleón III. En la sala donde resonaron los silbidos que acogieron la revelación del *Tannhäuser*, en la fosa de la orquesta que tantas veces ejecutó partituras convencionales se alzan ahora, muy a menudo, los acordes y ritmos de partituras audaces, escritas por los representantes más vigorosos e independientes de la música contemporánea.

Cada semana los nombres de Dario Milhaud, Karol Szymanowsky, Sergio Prokofieff—ya maestros consagrados—

del maestro rumano Georges Enesco. Esta tragedia lírica, de proporciones inmensas, ha sido puesta en escena de modo absolutamente excepcional. Los movimientos de masa exigidos por el libreto han sido realizados con el concurso de más de trescientos coristas, danzarines, corifeos, mimos y músicos actores. Ha sido, en verdad, todo el pueblo de Tebas, el que hemos visto agitarse, durante más de tres horas, entre los titánicos decorados de Andrés Boll, siguiendo a Edipo en la angustiosa investigación judicial que constituye el nudo de la más conmovedora tragedia de Sófocles.

En su obra, Georges Enesco ha querido seguir paso a paso el desarrollo del viejo mito griego, fundiendo en una acción ininterrumpida la esencia de tres tragedias distintas: *Edipo en Tebas*, *Edipo Rey* y *Edipo en Colona*. Además, ha enriquecido este tríptico de un prólogo en que se asiste a las fiestas celebradas con motivo del nacimiento del héroe, fiestas interrumpidas dramáticamente por la espantosa profecía del mago Tiresias.

Después de este prólogo, cuya acción se sitúa en el templo de Asclepios, a la sombra de cuatro columnas gigantes, entramos de lleno en el drama al levantarse el telón sobre el primer acto, cuyos cuadros iniciales se desarrollan en la oscuridad. En ellos asistimos al viaje fatal de Edipo; a su huida de Corinto; a su encuentro con Layo en las llanuras de Beocia. Después de cometido el parricidio involuntario, Edipo llega, poco antes del amanecer, a las puertas de Tebas. Y aquí se inicia un crescendo musical y espectacular, que es una de las realiza-

del maestro rumano Georges Enesco. Roto el maleficio por las respuestas de Edipo, las alas de la esfinge caen, se pliegan, se contraen, y el monstruo desaparece en un bloque de mármol, al tanto que se alzan las luces del alba. El decorado se define. Estamos en presencia de una imponente arquitectura de piedra—terrazas, escaleras, murallas,—dominada por la silueta de la puerta de Tebas. Una multitud invade la escena, en grupos agitados, gritando, gesticulando. Mercaderes, caballeros, soldados, sacerdotes niños, prececiendo a los guardias de la reina. Masas movidas con maestría maravillosa por un escenógrafo que ha sabido rehuir todo efecto convencional "a lo *Aida*". Y Edipo, atleta puro y rudo, es coronado rey de Tebas por Yocasta, mientras resuenan cornos y trompetas, y los coros entonan un extraordinario himno en unísono, apoyado por una orquesta tumultuosa.

La escenografía del acto siguiente es de las que marcan una fecha en los anales de la mise en scène moderna. El decorado no podría ser más sobrio ni grandioso. Consiste en una gigantesca escalera, que ocupa todo el ancho del escenario y asciende, en profundidad, hacia un pórtico geométrico que se alza a más de cuarenta metros, al fondo del cuadro. Una epidemia de peste ha caído sobre Tebas. En los peldaños de la escalera yacen grupos de enfermos implorantes. Por entre los cuerpos, desfilan, silenciosamente, cortejos mortuorios verdes, rojos, blancos.

Escudos, lanzas y cascos aparecen abandonados en el piso. Soldados negros, con el rostro velado, se yerguen de trecho en trecho, como esta-

do con una orquesta donde soplan ráfagas de huracán... Revelados el parricidio y el incesto, Edipo, asesino de Layo, hijo y esposo de Yocasta, huye hacia su palacio. Y después de una fuga de sirvientes aterrorizados, el rey de Tebas aparecerá en el rectángulo del pórtico silencioso y terrible, con dos manchas de sangre en lugar los ojos... Un verdadero coro de furias acoge su llegada. Coros donde el grito, el glissando vocal, se combinan con el canto, creando una polifonía bárbara, digno comentario de la inaplacable tragedia.

Por contraste, el acto final de la obra es todo paz y serenidad. Recogiendo el tema de Edipo en Colona, Georges Enesco nos muestra a su héroe, huésped de Atenas, rehuyendo la corona que vienen a ofrecerle, arrepentidos, los tebanos, y penetrando en el bosque azul de las Euméndies, donde le espera el descanso supremo.

La partitura de Georges Enesco nos deja una singular impresión de fuerza y de grandeza. Técnicamente, es una de las obras más difíciles de ejecutar que nos haya ofrecido la Opera de París. ¡Con decir que su interpretación escénica y musical ha exigido, por parte de los instrumentistas y cantantes, cinco meses de estudio!... Pero el resultado valía la pena, ya que este drama lírico nos aportó una inolvidable visión de arte. Es interesante señalar, además, que el estreno de esta obra se debe, en cierto modo, a la intervención de circunstancias providenciales.

Escrita en vísperas de la guerra europea, la partitura de Edipo emigró de Rumania con el tesoro nacio-

1936. Como esta obra es casi desconocida del público amante de la buena música, publicamos este artículo el cual servirá de información y podrá apreciarse, asimismo, el buen análisis que de ella hace el conocido crítico, residenciado aquí algún tiempo entre nosotros.

LA OPERA de París nos ofrece actualmente un ejemplo de vitalidad y juventud sorprendentes. El pomposo teatro de Charles Garnier, con sus oros y gualdas, sus liras y sus trompas y cornucopias, acaba de verse dotado de ascensores, teléfonos y otros elementos de confort moderno. Pero esos ascensores y teléfonos no han llegado solos al templo de la música académica. Paralelamente a su instalación, ha comenzado a soplar un viento de renovación por las tramoyas y bambalinas del suntuoso coliseo de Napoleón III. En la sala donde resonaron los silbidos que acogieron la revelación del *Tannhäuser*, en la fosa de la orquesta que tantas veces ejecutó partituras convencionales se alzan ahora, muy a menudo, los acordes y ritmos de partituras audaces, escritas por los representantes más vigorosos e independientes de la música contemporánea.

Cada semana los nombres de Dario Milhaud, Karol Szymanowsky, Sergio Prokofieff—ya maestros consagrados,—los de Jean Françaix, Igor Markevitch—talentos de nueva promoción,— figuran en los carteles de al Opera de París al lado de los de Wagner, Ricardo Strauss y Paul Dukas, de cuyos dramas líricos se nos ofrecen realizaciones esplendorosas. Y dos meses antes de su muerte, fué en este escenario donde la inolvidable "Argentina" se despidió— sin saber que su aparición cobraba caracteres de "despedida"— del público parisiense, con una deslumbradora interpretación del *Amor Brujo*, de Manuel de Falla.

Abierta a todas las corrientes de la música contemporánea, la Opera de París acaba de estrenar una de las obras más ricas y sólidas que compositor alguno haya escrito desde los albores de este siglo: el *Edipo*,

en verdad, todo el pueblo de Tebas, el que hemos visto agitarse, durante más de tres horas, entre los titánicos decorados de Andrés Boll, siguiendo a Edipo en la angustiosa investigación judicial que constituye el nudo de la más conmovedora tragedia de Sófocles.

En su obra, Georges Enesco ha querido seguir paso a paso el desarrollo del viejo mito griego, fundiendo en una acción ininterrumpida la esencia de tres tragedias distintas: *Edipo en Tebas*, *Edipo, Rey* y *Edipo en Colona*. Además, ha enriquecido este tríptico de un prólogo en que se asiste a las fiestas celebradas con motivo del nacimiento del héroe, fiestas interrumpidas dramáticamente por la espantosa profecía del mago Tiresias.

Después de este prólogo, cuya acción se sitúa en el templo de Asclepios, a la sombra de cuatro columnas gigantescas, entramos de lleno en el drama al levantarse el telón sobre el primer acto, cuyos cuadros iniciales se desarrollan en la oscuridad. En ellos asistimos al viaje fatal de Edipo; a su huida de Corinto; a su encuentro con Layo en las llanuras de Beocia. Después de cometido el parricidio involuntario, Edipo llega, poco antes del amanecer, a las puertas de Tebas. Y aquí se inicia un crescendo musical y espectacular, que es una de las realizaciones más impresionantes que nos haya ofrecido la Opera de París.

No sabemos al principio lo que representa exactamente el decorado, envuelto en espesas penumbras azules. ¿Paisaje geológico camino cerrado por una muralla, encrucijada? En el primer plano se alza un pedestal huérfano de estatua. Al fondo, apenas iluminado por la luz de un reflector, un soldado canta las últimas horas de la noche. Aparece Edipo, envuelto en su manto pardo de viajero. Y en ese momento, sobre el pedestal vacío, crece la sombra enorme de la esfinge. Torso de mujer con alas verticales cuyas siluetas recortan geométricamente el escenario en zonas de oscuridad. El diálogo adivinatorio se entabla, sobre un ritmo jadeante y misterioso

terrazas, escaleras, miradas,— dominada por la silueta de la puerta de Tebas. Una multitud invade la escena, en grupos agitados, gritando, gesticulando. Mercaderes, caballeros, soldados, sacerdotes niños, precediendo a los guardias de la reina. Masas movidas con maestría maravillosa por un escenógrafo que ha sabido rehuir todo efecto convencional "a lo *Aida*". Y Edipo, atleta puro y rudo, es coronado rey de Tebas por Yocasta, mientras resuenan cornos y trompetas, y los coros entonan un extraordinario himno en unísono, apoyado por una orquesta tumultuosa.

La escenografía del acto siguiente es de las que marcan una fecha en los anales de la mise en scène moderna. El decorado no podría ser más sobrio ni grandioso. Consiste en una gigantesca escalera, que ocupa todo el ancho del escenario y asciende, en profundidad, hacia un pórtico geométrico que se alza a más de cuarenta metros, al fondo del cuadro. Una epidemia de peste ha caído sobre Tebas. En los peldaños de la escalera yacen grupos de enfermos implorantes. Por entre los cuerpos, desfilan, silenciosamente, cortejos mortuorios, verdes, rojos, blancos.

Escudos, lanzas y cascos aparecen abandonados en el piso. Soldados negros, con el rostro velado, se yergan de trecho en trecho, como estatuas.... Terribles sospechas se han apoderado del espíritu de Edipo. Después de lanzar imprecaciones contra el asesino de Layo, cuya presencia en la ciudad es según los adivinos, causa de la epidemia, el rey comienza a comprender el misterio de su origen. Angustiado, jadeante, recoge testimonios, confronta indicios que lo llevarán a penetrar el terrible secreto... Aquí es donde Georges Enesco ha dado la más deslumbradora prueba de su talento de compositor dramático. Todo el desarrollo de esa auténtica investigación judicial es llevado en tiempo frenético, sobre los ritmos de un scherzo incisivo y feroz. A medida que el interrogatorio de Edipo va ciniendo la revelación final el recitativo se hace más apretado, luchan-

de sangre en lugar los ojos...Un verdadero coro de furias acoge su llegada. Coros donde el grito, el glissando vocal, se combinan con el canto, creando una polifonía bárbara, digno comentario de la implacable tragedia.

Por contraste, el acto final de la obra es todo paz y serenidad. Recogiendo el tema de Edipo en Colona, Georges Enesco nos muestra a su héroe, huésped de Atenas, rehuyendo la corona que vienen a ofrecerle, arrepentidos, los tebanos, y penetrando en el bosque azul de las Euméndies, donde le espera el descanso supremo.

La partitura de Georges Enesco nos deja una singular impresión de fuerza y de grandeza. Técnicamente, es una de las obras más difíciles de ejecutar que nos haya ofrecido la Opera de París. ¡Con decir que su interpretación escénica y musical ha exigido, por parte de los instrumentistas y cantantes, cinco meses de estudio!... Pero el resultado valía la pena, ya que este drama lírico nos aportó una inolvidable visión de arte. Es interesante señalar, además, que el estreno de esta obra se debe, en cierto modo, a la intervención de circunstancias providenciales.

Escrita en vísperas de la guerra europea, pa partitura de Edipo emigró de Rumania con el tesoro nacional, cuando los ejércitos de las potencias centrales invadieron el territorio. Georges Enesco, que se hallaba en el extranjero, ignoró lo que había ocurrido con su obra. La dió por perdida, creyendo destruido el fruto de varios años de trabajo. Y sólo mucho tiempo después de firmado el Tratado de Versalles volvió a entrar en posesión de los manuscritos que le permitieron triunfar ahora en la Opera de París. ¡Es suerte pertenecer a una nación cuyos elementos oficiales estiman que una partitura debida al talento de un autor nacional es digna de ser guardada en las arcas del tesoro, junto con las riquezas y secretos del Estado!...